



## *La Campana Nihilista de Ramón*

ANTONIO GALLEGO

Ramón Gómez de la Serna, en sus inicios como escritor, colaboró asiduamente durante cuatro años en el periódico republicano *La Región Extremeña*. Sus artículos comenzaron en enero de 1905, cuando aún tenía 16 años, y cesaron en junio de 1908, cuando estaba a un mes de cumplir los 20. Si no he contado mal, fueron 74 artículos, cuatro de los cuales, los menos virulentos, pasaron a formar parte de su primer libro, editado con el significativo título de *Entrando en fuego (Trabajos literarios)*<sup>1</sup> en 1905. Para ser un poco más precisos, 24 escritos fueron publicados en

1 *Entrando en fuego (Trabajos literarios)*, S.e. (El autor), Imprenta del Diario de Avisos, Segovia, 1905. Incluido en *Obras completas I, "Prometeo" I, Escritos de juventud (1905-1913)*, edición de Ioana Zlotescu, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 1996, pp. 417-453. En el Prólogo, el autor se presenta así: "¿Quién soy? Un joven de diez y siete años que recopila unos trabajos en parte ya publicados y los ofrece a las gentes, descubriendo reconditeces de su alma..." Y para responder a las preguntas "¿Qué quiero?... ¿cuál es mi objeto?...", reproduce el programa que improvisó para un periódico que trataba de fundar y que se titularía *Plus ultra*: El autor forma parte de la juventud española "que pide ya su puesto en el combate. (...) Mientras no encontremos la verdad definitiva, la fórmula absoluta, nuestros labios repetirán constantemente: más allá. (...) En la confusión circundante, va sustituyendo a las revoluciones sangrientas la revolución de las ideas, de las almas: en esa revolución tomaremos parte desde nuestra modestísima posición de

1905, 17 en 1906, 32 en 1907 y sólo 1 en 1908; otro punto de vista interesante es el de la edad: 7 fueron publicados cuanto tenía dieciséis años, 27 cuando tenía diecisiete, 12 cuando tenía dieciocho y, por fin, 28 cuando tenía diecinueve años.<sup>2</sup> Como quiera que la primera etapa de Ramón como escritor suele situarse alrededor de *Prometeo. Revista Social y Literaria*, cuyos 34 números aparecieron entre noviembre de 1908 y 1912, las colaboraciones en *La Región Extremeña* constituyen la prehistoria de la fascinante carrera literaria de Ramón, el verdadero comienzo de lo que más tarde sería el *ramonismo*.

Su relación con Extremadura es doble. No se trata solamente de que aparecieran en un periódico de nuestra tierra; además, tuvieron algunos de ellos una lectora muy especial. El joven autor, tan prolífico ya en estos primeros años de su carrera, dejó a un lado esta importante serie de artículos “extremeños” y apenas se refirió a ellos a lo largo de su vida, tal vez porque aún no estaban escritos con el primor y la gracia que pronto alcanzaría, o quizás por la virulencia juvenil, entre anarquista y nihilista, que rezumaban la mayoría de ellos. Pero no los olvidó del todo, y aludió a ellos, aunque sin citar el periódico, en el capítulo XXV de sus memorias, la *Automoribundia* de 1948:

*Hay un revuelo en mi casa porque se sabe que mi tío Alejandro ha recibido una carta de mi tía Carolina Coronado, la poetisa romántica que vive con su carga de ochenta y cuatro años en Lisboa, protestando de los primeros artículos que yo había comenzado a publicar en un diario extremeño.*

*Yo, que había de escribir sobre mi inefable tía muchos años más tarde la única biografía completa que quedará de ella, corrí el peligro de que reuniese el consejo de familia para prohibirme escribir.*

*La carta de mi tía Carolina decía así:*

*“Querido hermano:*

*Hoy te escribo para un acto de caridad. Si el pobre niño que firma el adjunto artículo no fuera sobrino tuyo y mío, pudiéramos reírnos de los disparates impresos con la firma del nombre más respetable de nuestro tiempo, aquel jurisconsulto de supremo juicio, cuyos juicios podían formar Código...*

*¡Qué profanación!*

soldados bisoños, en este papel humilde que contendrá nuestros primeros tanteos, nuestros torpes ejercicios.” (p. 419).

- 2 Los 70 artículos no incluidos en libro han sido reeditados en *Obras completas I*, “Artículos de ‘La Región Extremeña’ (1905-1908)”, pp.939-1047, edición citada en la nota anterior.

*Nosotros no podemos reír de lo que escriben esos niños crepitantes y dinamizantes que han invadido las prensas modernizantes. Es demasiado triste lo que pasa y debemos, yo no puedo, sino tú, usar de tu influjo para evitar cuanto se pueda esa verdadera calamidad de familia.*

*La fogosidad de estos escritorcitos modernos me reconcilia con el taz... taz...taz... de libro de C. V., que por mi enfermedad no pude leer hasta ahora y cuyo envío te agradezco y al concienzudo autor dél, que no nos deja ignorar la hora en que comía hace medio siglo y un cuarto. Estos libros son los que debes dar a leer a tu sobrino como el mejor calmante para ese estado de excitación que hace trepidar la pluma en homenaje de Mahoma y José María.*

*Y ahora comprendo el desaliento de que me hablas en tu carta. ¿Quién ha de tener alientos con esas literaturas?*

*A todos os abraza tu hermana*

*Carolina*

*Mayo, 22"<sup>3</sup>*

Tanto en sus memorias como en el libro sobre Carolina Coronado que vuelve a anunciar en ellas, pero que cuando se editaron ya había publicado en Buenos Aires en 1942<sup>4</sup>, Ramón ha trazado excelentes y bien conocidos retratos de su tía-abuela, la escritora de Almendralejo. Están más escondidos estos otros que he encontrado al azar y que no me resisto a reproducir ahora.

En el "Epílogo" al libro de su amiga Carmen de Burgos (Colombine) titulado *Peregrinaciones*, Ramón dice en 1916:

*Mi tía Carolina Coronado -tan cargante, tan deliciosa, tan clerical, tan insoportable, tan inefable-, mi tía Carolina Coronado, a la que dedicaré pronto un libro titulado así, en el que contaré pequeñeces enternecedoras, ridículas, ñoñas, admirables...<sup>5</sup>*

3 Cito por *Obras completas XX, Escritos autobiográficos I, Automoribundia (1888-1948)*, edición de Ioana Zlotescu, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 1998, pp. 229-230.

4 El libro al que Ramón se refiere es el titulado *Mi tía Carolina Coronado*, Emecé Editores (Los Románticos, I), Buenos Aires, 1942. Ha sido reeditado en las *Obras completas* de Editorial A.H.R., Barcelona, 1956-1957, 2 volúmenes, I, pp.1149-1256; en *Biografías completas*, Aguilar (Biblioteca de Autores Modernos), Madrid, 1959, pp. 867-980; y en *Obras completas XIX, Retratos y Biografías IV, Biografías de escritores (1930-1953)*, edición de Ioana Zlotescu, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2002, pp. 331-460, por la que cito en este ensayo.

5 Cito por *Obras completas XVI, Ensayos, Retratos y Biografías I, Efigies. Ismos. Ensayos (1912-1961)*, edición de Ioana Zlotescu, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2005, p. 875.

Y al trazar el retrato de “Ruskin el apasionado” en *Efigies* (1929), Ramón se refirió al aroma de

*una carta de Alejandro Dumas que encontré entre los papeles de aquella inefable tía mía Carolina Coronado, tan pasmada y tan bella, tan inocentona, tan boba y tan vestida de gasas líticas y pueriles. Después supe que Alejandro Dumas se había hospedado en su hotel de la calle de Lagasca, y esa visión de Madrid que imaginé en Dumas un poco de paso y en una casa vaga por la vaguedad de su dueña, es la que más me ha gustado y me ha parecido más grácil, satisfaciéndome encontrar alguna alusión a España en sus obras...*<sup>6</sup>

La relación, pues, de Ramón con su tía-abuela Carolina era cariñosa y entrañable, pero ambigua. El nudo, bien fuerte y persistente, era el familiar: Era “la visión extremeña” de un ámbito de confluencias muy plural y rico. Resumiendo lo que él mismo nos cuenta en *Automoribundia* sobre los orígenes de su familia,

*si por parte de padre tengo la visión castellana e inglesa de la vida, por parte de mi madre tengo la visión extremeña y catalana, pues era hija de una hermana de Carolina Coronado y del catalán don Ramón Puig, y así resulta mi segundo apellido, ese Puch que completa mi españolismo entero y verdadero.*<sup>7</sup>

De hecho, algunos de los artículos “extremeños” los firma como Ramón Gómez de la Serna Puig. Pero ese afecto familiar debía ser recíproco, lo que explica la pro-

- 6 Cito por *Obras completas XVI*, edición mencionada en la nota anterior, p. 1169. A ese chalet de la madrileña calle de Lagasca, en el barrio de Salamanca, se refiere varias veces Ramón en la biografía de su tía: “Todavía niño soy llevado por mi madre a la Quinta de la Rosa, la posesión que la cedió la reina Cristina en la calle de Lagasca, de Madrid, y en cuyo jardín quedaban vivas las confidencias de Carolina.” (Edición citada, p. 367; detalla más la cuestión en las pp. 409-410).
- 7 *Automoribundia*, edición citada, p. 76. No era tan plácida la conjunción catalana y española en los escritos radicales de Ramón publicados en *La Región Extremeña*. Véase, por ejemplo, el titulado “Los carlistas”, aparecido el 5 de abril de 1906, cuando contaba 17 años, en el que traza una feroz comparación entre los carlistas de antaño, que luchaban por sus ideales, y los de ahora, hacinados en una bandera que les da poder y ganancias. “Y, además, hemos sabido que los carlistas catalanes no se agrupan bajo esa bandera sino porque parece más legal que la de separatistas, pero en el fondo del movimiento late esa ansia de inflarse, como la rana de la fábula, de separación”. (*Obras completas I*, edición citada, pp. 978-979).

testa de su tía-abuela. De no ser sobrino-nieto, se reiría de los disparates del “niño”, pero estaban firmados con el respetable apellido doble del bisabuelo de Ramón, don Pedro Gómez de la Serna, ministro, presidente del Supremo, uno de los muñidores de la España moderna. “¡Qué profanación!” Y, por otra parte, las ocurrencias del niño se publicaban en un periódico republicano de la querida patria extremeña...

\* \* \*

Empezando por el final, y prosiguiendo mi ya vieja pesquisa sobre las relaciones de Ramón con la música,<sup>8</sup> me llamó en seguida la atención el último de sus artículos “extremeños”, el único publicado en 1908 tras seis meses exactos de ausencia, titulado “La opereta inglesa” (Sección “Diálogos”, 24 de junio de 1908). Además del tema en él tratado -la comparación entre el teatro musical inglés y el español-, me interesó por su forma dialogada, un claro antecedente de los jugosos “Diálogos triviales” que pronto comenzaría a publicar en *Prometeo*. Hay otro artículo dialogado en la serie extremeña, el titulado “De sangre azul (tragedia)”, publicado en la sección “Mariposeos” el 19 de diciembre de 1906, pero al diálogo entre Anita y Elia en el gabinete elegante de la primera le precede una amplia descripción tanto del lugar como de las dos jóvenes, y su carácter más literario le emparenta, a mi juicio, con el teatro juvenil que abordará por estos mismos años.

En el diálogo de 1908, “César” defiende la opereta inglesa mientras que a “Dacio” no le gusta porque su propio carácter francamente meridional se resiste a todo lo que trae el sello británico, “inodoro e insulso”. A “César” le encanta porque en ella todo es esfumado, etéreo, cordial, diáfano; y comparando este género de la opereta inglesa con otros, encuentra en el drama “un elemento ponzoñoso que crea

8 A poco de ser confiados a la Fundación Juan March en 1987 los papeles que Salvador Bacarisse (hijo) guardaba en Escocia del compositor Salvador Bacarisse (padre), encontré en ellos la partitura de orquesta, la de ensayo y algunas copias mecanografiadas del libreto de la ópera *Charlot Op. 15* que Bacarisse compuso sobre libreto de Ramón Gómez de la Serna entre 1932 y 1933. Como esta obra teatral de Ramón se daba por perdida, al cumplirse en 1988 el primer centenario del nacimiento en Madrid del escritor propuse a la Fundación Juan March y a los herederos de compositor y escritor la edición facsímil de la partitura de ensayo, que fue precedida de una breve nota mía y de mi “lectura” del libreto: Salvador Bacarisse, *Charlot, Ópera en tres actos, Op. 15*, Libreto de Ramón Gómez de la Serna. Edición al cuidado de Antonio Gallego, Fundación Juan March, Centro de Documentación de la Música Española Contemporánea, Madrid, 1988. El texto de Ramón ha sido incluido en las *Obras completas XIII, Novelismo V. Teatro, Novelas cortas y teatro de vanguardia (1927-1947)*, pp. 743-792, y mi Introducción se reproduce íntegra por la editora Ioana Zloescu en sus “Notas a la edición”, pp. 801-903.

el conflicto”; en la comedia, la malicia que “da dureza al cuadro, y en el *género chico* una perversidad o un cinismo chillón son la nota detonante, corporizada, demasiado corporizada, de sus obras.” No está muy de acuerdo “Dacio”, pero el anglófilo “César” insiste en la defensa del género que viene de las Islas:

*Es una caricia fraternal la que nos enerva y la que evocaré al recordarle, contrastándole con la caricia vulgar del género chulesco, la caricia lesbiana del sicalíptico y la caricia que araña del dramático.*

Pero no se contenta con defender la opereta inglesa. Tras la última andanada de “Dacio”, que representa en el artículo al español intransigente, “César” le reconviene: “Miras las cosas con demasiada violencia”, y traza la distinción entre sus dos temperamentos, tan opuestos:

*el mío, en su dureza, lleva ya una predisposición a la conformidad y a la aceptación, así como tú, con tu violencia, todo lo repeles, lo profundizas y arrancándole su superfluidad, te irritas, Tú eres de los que descarnan la mano que les acaricia y sufren la caricia tormentosa de una mano monda, huesuda.<sup>9</sup>*

Este párrafo final, en el que concluye la relación de Ramón Gómez de la Serna con *La Región Extremeña*, muestra con claridad la evolución del joven escritor, quien, como Jano, enseña aquí sus dos caras, la del radical “Dacio” y la del crítico prudente “César”, e indica claramente la preferencia en este momento. No había sido esa la actitud del escritor en los tres años precedentes, y de ahí la protesta de su tía-abuela. En adelante, Ramón será radical estéticamente, templando poco a poco la gaita de la crítica social hasta ahora imperante en sus escritos hasta su desaparición casi total.

Hasta una docena de citas musicales he encontrado en estos juveniles artículos, pero dejaré su comentario para mejor momento. Solamente haré excepción con uno de ellos, el titulado “Las campanas”, publicado en la sección “Mariposeos” del 6 de noviembre de 1907 dedicado “al terrible liberal y cargador del muelle de San Dimas Ricardo Valdés”. Es, en mi opinión, una muestra insuperable del radicalismo de Gómez de la Serna durante estos años juveniles, en su faceta anticlerical. No es el único que quien esté interesado en el asunto podrá encontrar en la serie extremeña: En los titulados “Rebeldías del hambre” (21.V.1906), “La mano muerta (Las negociaciones con Roma)” (4.IX.1906), “En el mitin anticlerical” (25.X.1906), “Halago y amargura” (28.XII.1906) y otros, había anticipado sobradamente su profunda

9 *Obras completas I*, edición citada, pp. 1045-1047.

antipatía hacia el clero y la Iglesia católica, y volvería a hacerlo en otros como el titulado “Munificencias insolentes” (2.X.1907), dedicado con expresiva frase “A mi amigo Azaceta mi afín en impiedades”. Más que comentarlo, creo que su lectura se explica sobradamente por sí misma:

*Cuando místicamente, en la hora dulce del atardecer, término amable para descansar en mis pequeñas excursiones, oteo desde un punto estratégico la magnificencia del panorama, iluminado con espiritualidad, y en el corazón, saturado de sosiego y de cuanto rima la vida una estrofa de cálido bienestar, turban la paz y el silencio del ambiente lleno de mi espíritu los sonidos lejanos de las campanas, con sus evocaciones malditas.*

*Abomino con exaltación de las campanas cuyo feudalismo emerge altivamente sobre los caseríos (esas notas blancas y urbanas, que rompen la armonía del paisaje).*

*Ellas, con su monorrítmica salmodia aguda o grave, hacen que se repliegue sobre sí misma, hermosa como una pasionaria, el alma que había abierto su cáliz y había esparcido su etereidad fragante en el delicado silencio de los valles y del azul... Bajo su influjo, la sombría memoria de errores concusionarios, anubla suciamente la mansa divinidad del paisaje...*

*Conturba su estrépito la belleza de los campos, de igual manera que la limpidez azul y pálida del celeste de los ocasos la negrura de los cuervos; y es que, en efecto, el luctuoso cuervo de los fanatismos abate sus alas sobre el ambiente al sortilegio de las campanadas...*

*Son un tormento para mi espíritu cuando al unísono, con el maravilloso diapasón de la naturaleza, patentizan su disonancia, y contrastan a la vez la anquilótica constitución de esa ideología que balbucean con su monosílabo metálico...*

*Y sobre todo, con la voz sacrílega que predica a los hombres en medio de la naturaleza contra la naturaleza, y que durante muchos siglos han evitado el goce del paisaje por la preocupación baldía que han sostenido en sus espíritus, cuya obsesión de inferioridad, de abstención y recogimiento retardara ilimitadamente la consagración de la naturaleza...*

*Cuando en el día de las reivindicaciones todos pidan lo que les aconseje su sensatez para preparar el perfeccionamiento de la vida, yo demandaré la abolición de las campanas que dejarán de descomponer la asonancia del paisaje y de regentar desde su torreón a los espíritus pusilánimes...* <sup>10</sup>

10 *Obras completas I*, edición citada, pp. 1021-1022.

Este nihilismo modernista, como lo autocalifica Ramón en uno de sus últimos artículos “extremeños”, no aparece sólo en ellos. Durante el paseo satírico que hace por Madrid en el capítulo cuarto de su libro *Morbideces*, de 1908, traza corrosivos comentarios sobre todo tipo de personas, cargos e instituciones: “Hay también bibliotecas, donde se ha hecho estadiza la epidemia. Todos sus libros apestan a creencias, a populachería, a severidad, a corazón, a metafísica, a proxenetismo, a tópicos y a estilo.” Y cosas parecidas escribe sobre los museos, “colegios, universidades, oficinas, todas instituciones tediosas, plúmbeas; chamizos de la rutina y de la extenuación.” Y no olvida, claro es, a sus odiosas enemigas, las campanas:

*También a veces, vagabundeando por las calles, caen sobre mí escabrosas, gemebundas, redundantes, unas campanadas. Su monosílabo metálico balbuce una ideología depredadora, salmodia un sórdido “Morir habemos” o me fuerzan con la idea estéril del tiempo. Ante ellas he recordado estupefacto que existen iglesias.*<sup>11</sup>

El sarampión anti-campanas de Ramón, que tanto contrasta con la evocación que hacen de ella los poetas hispánicos coetáneos a estos escritos en la primera década del siglo XX, venía en todo caso de lejos. El testimonio de Santiago Ramón y Cajal en los *Recuerdos de mi vida* lo sitúa en los años de “la gloriosa” cuando relata los diversos acontecimientos que vivió durante la revolución de septiembre de 1868 en Aragón:

*Luego ocurrió un hecho que jamás he podido comprender. En cumplimiento de cierto desdichado bando de la Junta revolucionaria provincial, que ordenaba “que todas las campanas, menos las de los relojes, fueran descolgadas y enviadas a la Casa Nacional de la Moneda”, el Comité revolucionario de Ayerbe desmontó las hermosas campanas de la iglesia y las redujo a añicos.*

*Confieso que, no obstante simpatizar con el movimiento liberal y complacerme como el que más en aquellas patrióticas bullangas, ese acto de inútil vandalismo me trajo como una sombra de remordimiento. ¿Qué positivo beneficio recibía el pueblo con enviar a Madrid sus campanas para acuñar unos puñados de cuaternas? Ninguno.*

*Me apenaba, sobre todo, la falta de sentido artístico del pueblo. Los destructores de aquellas campanas, ¿cómo no sintieron que rompían también algo vivo y muy íntimo, que renunciaban a recuerdos queridos, que renegaban de fechas inolvidables?...*

11 *Morbideces*, S. e. (El autor), Imprenta del Trabajo, Madrid, 1908. Cito por *Obras completas I*, edición mencionada, p. 497.



*Ignoro si los pedazos de bronce llegaron a Madrid; pero recuerdo bien  
que al poco tiempo hubo que comprar otras campanas.*<sup>12</sup>

Las preguntas que se hace Ramón y Cajal tienen cumplida respuesta en los poemas que publican libros por los mismos años en que Gómez de la Serna escribe sus exabruptos (y en libros anteriores y posteriores que ahora no hacen al caso). Léase por ejemplo “La dulzura del ángelus”, en *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y Otros poemas* de Rubén Darío, libro publicado en Madrid en 1905: “La dulzura del ángelus matinal y divino / que diluyen ingenuas campanas provinciales”... O bien el titulado “Sin sentido”, incluido por Miguel de Unamuno en sus *Poetas* de 1907: “¿Queréis que acabe ya? ¡Bueno! Ahí os queda / ese zumbiar que deja la campana / muriéndose en el ámbito sereno / de blanca tarde; // ese sagrado trémolo que muere / derretido en la luz que se derrite / cuando al Ángelus nacen las estrellas / y se abre el cielo.” También es sensible a las campanas del ángelus (“cristalería alegre”) el primer Juan Ramón de *Elegías puras*, escritas en 1907 aunque publicadas al año siguiente; pero prefiero escucharle las de otra fiesta tal y como resuenan en las *Baladas de primavera*, también escritas en 1907 aunque publicadas tres años más tarde; en la “Balada triste de la mañana del Corpus” dice: “Estaba el niño blanco de muerte... / ay! La mañana dulce del Corpus! / las golondrinas y las campanas / estremecían el aire de oro...”. Y ¿cómo no recordar las muchas que se tañen en los poemas de Antonio Machado, especialmente las nueve de sus *Soledades* (1903), y sobre todo las que aparecen en 1907 cuando amplía el libro, ahora *Soledades. Galerías. Otros poemas*?<sup>13</sup> También en 1907 apareció el segundo libro poético del pacense Enrique Díez-Canedo, *La visita del sol*, y en él incluyó nuestro poeta uno de sus poemas más evocadores, “Campanas”. Tras distinguirlas con destreza (las dos bulliciosas domingueras, la grave, la grande de las grandes fiestas, las cuatro “clarillas” y cascabeleras y el viejo esquilón patriarcal), concluye dándonos de nuevo la clave:

*Pero a vosotras el dolor no alcanza,  
campanas que en el sol de mediodía  
sois oro y en la noche sois misterio  
y en la memoria sois niñez; campanas*

12 Cito por Santiago Ramón y Cajal, *Mi infancia y juventud*, Espasa-Calpe Argentina (Colección Austral), Buenos Aires, 1946, 4ª edición, capítulo XVIII, p. 148.

13 Analizo detenidamente las campanas que aparecen en las dos ediciones de *Soledades* de Machado en “Clamoreo de campanas. Notas para una lectura musical de Antonio Machado”, en el libro-homenaje a Ismael Fernández de la Cuesta que promueve desde California el profesor Robert Stevenson (en prensa).

*en la torre suspensas, ¡oh gloriosas  
voces que brotan siempre de lo alto,  
blancas aves que vuelan, majestuosas,  
sobre el dolor, sobre el dolor del mundo!*<sup>14</sup>

No cabe mayor distanciamiento entre las posturas de los poetas de comienzos de siglo, algunos perfectamente agnósticos, y la del joven iconoclasta que firmaba en *La Región Extremeña* artículos tan radicales mientras aprendía a domeñar tanto pensamiento como pluma.

14 Me referí a este poema en *Canción perdida: La música en la poesía de Enrique Díez-Canedo*, mi discurso de ingreso en la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Trujillo, 2003, pp. 29 y 30.